

## EL VIAJE DE M. DEBRE O SIN NOVEDAD EN ARGELIA

En sus relatos de viajes por las costas del Africa occidental, un navegante portugués contaba que en cierta tribu, antes de ser llevado al cargo, el presunto jefe era arrastrado a través del poblado bajo los insultos, abucheos, agravios y denuestos de la muchedumbre. Si salía airoso de la prueba, era reconocido digno de ser elevado a la jefatura. Desconcertante a primera vista, esta modalidad de nombramientos atesoraba mucha sabiduría. Permitía aquilatar la capacidad de un hombre para mantenerse firme contra vientos y mareas y por encima o al margen de las reacciones de sus administrados, sea de la realidad, lo cual se estimaba como una condición favorable en un gobernante.

Dos Presidentes del Consejo de Ministros de Francia han sufrido en Argel una prueba que recuerda la relatada por el portugués. M. Guy Mollet fué el primero en catar las hieles de la indignación popular apenas probadas las mieles de la investidura a raíz de las elecciones de enero de 1956. En la tribu negra, el Secretario General del Partido Socialista francés no hubiera sido Presidente del Consejo de Ministros, por haber consentido que en su ánimo pesara el recibimiento hostil que le dispensaron los franceses de Argelia, olvidando de la suerte los puntos de vista sustentados durante la campaña electoral del Frente Republicano. M. Michel Debré, primer Presidente del consejo de Ministros de la V República, ha dado mayores señales de aproximarse al concepto de jefe ideal, según las normas de la tribu africana, en ocasión de su viaje a Argelia en los días 9, 10 y 11 de febrero.

En realidad, la gira efectuada por M. Debré no podía brindar grandes elementos de sorpresa. Se imponían como un mero episodio del comportamiento frente a Argelia de un V República dominada por el prurito de dejar bien sentado que la nueva versión republicana se diferencia claramente de

la anterior merced a una política perseverante, que se lleva a la práctica con método y autoridad. Es decir, que M. Michel Debré cruzó el Mediterráneo con la exclusiva misión de recordar a los argelinos, fueron éstos autóctonos o de origen europeo, que, efectivamente, el general de Gaulle «vió lo que querían», como afirmara éste con cierta petulancia en los apoteóticos días de su recorrido triunfal por tierras argelinas, a poco de llegar al poder al grito de «Argelia francesa». La comprensión del complejo problema argelino por parte del general de Gaulle se ha plasmado en el famoso Plan de Constantina. Esbozado a grandes rasgos el día 3 del pasado octubre por el propio general de Gaulle, este plan no se impuso, ni con mucho, como la síntesis genial y coherente de ese muestrario de deseos contradictorios y forzosamente antagónicos que es la Argelia actual<sup>1</sup>. Lo político está prácticamente ausente del mismo, en tanto que se carga el acento sobre los aspectos económicos y sociales del problema. Sin embargo, ¿puede estar ausente lo político de la «política» del general de Gaulle para Argelia? No parece posible. De ahí las precauciones oratorias y juegos malabares del general de Gaulle para soslayar un aspecto de la cuestión que, en los hechos, no puede ser aislado indefinidamente de los restantes aspectos, pero que no está en condiciones de abordar, habida cuenta del contexto político actual de Francia y, sobre todo, del sector europeo de Argelia.

Por ello, ese sector, y singularmente la guardia pretoriana de la «Argelia francesa», no dejan de abrigar sus dudas, recelos y resquemores sobre el particular y viven pendientes de que el general de Gaulle pronuncie la palabra «integración» que disiparía todos sus temores. Lo mismo reacciona el nacionalismo argelino, a la defensiva ante las fórmulas sibilinas del ge-

---

<sup>1</sup> Ha habido varios planes económicos para Argelia, todos ellos centrados en la necesidad de industrializarla. Citemos señaladamente el Plan Chataigneau, torpedeado durante su gobierno y abandonado en cuanto cesó en el cargo de Gobernador General, en razón de la oposición de los sectores económicamente fuertes de Argelia y de ciertos ambientes financieros metropolitanos, deseosos de mantener a los «tres departamentos» en el marco de una economía de tipo colonial, por considerar que Argelia era pobre en recursos naturales y que su explotación industrial no era rentable. De ahí que Argelia fuera para Francia más un factor político que económico. El favor que ha obtenido el Plan de Constantina—que está en la línea de otros planes esbozados en tiempos de M. Robert Lacoste—débese principalmente a que las perspectivas de explotación de las riquezas del Sahara han modificado los términos de la cuestión. También influye en este cambio de opinión la creación del Mercado Común Europeo, pues según dijo M. Delouvrier «el plan no sería rentable si no estuviera orientado en función del plan metropolitano, a su vez adaptado al Mercado Común».

neral de Gaulle, al extremo de que el Gobierno provisional argelino rechazara con desdeñosa precipitación los avances cautelosos que hizo camino de una negociación. Esta fué, por cierto, ofrecida en términos nobles y benevolentes—estilo rendición de Breda—, pero un tanto desenfocados acaso de la realidad de un estado de guerra o guerrilla inextinguible, llamado «pacificación» en su traducción francesa, que descarta toda posibilidad de reducir el contingente armado en Argelia<sup>2</sup>. Lo cual equivale a decir que ni la llegada al poder del general de Gaulle, ni la constitución en 19 de septiembre de 1958 de un Gobierno provisional argelino, exclusivamente compuesto de elementos del F. L. N., han modificado de modo sensible los términos del problema militar planteado desde el 1 de noviembre de 1954, aunque otra sea la versión que se pretende acreditar. Sin embargo, ni entonces, ni ahora, ni nunca ha existido la posibilidad de un *Dien Bien Fu* argelino para Francia, a no ser en la imaginación delirante de un tonto. Lo cual no lleva tampoco a vislumbrar la clara victoria de las armas francesas enzarzadas en esa pesadilla de todo ejército regular que es la guerrilla, sobre todo cuando recibe la ayuda de países aledaños.

Esta insoslayable realidad conduce a pensar que no se ha producido en Argelia modificación alguna de una situación ampliamente condicionada no sólo por motivos internos, sino por causas exteriores, modificación justificativa de que la V República se lance a la tarea de iniciar una nueva página de la historia de Argelia, dando por resuelto el peliagudo problema allí planteado. Sin embargo, a esta especie de «poner los bueyes antes que el arado», como dicen los franceses, que es el Plan de Constantina, ha quedado reducida en los hechos prácticos la acción del general de Gaulle para salir del atolladero.

Por tanto, se evidencia que, aun antes de iniciado el viaje oficial del Presidente del Consejo de Ministros, estaba muy recortado en sus objetivos, siendo el primordial inaugurar el Consejo Superior del Plan que, como

---

<sup>2</sup> Recientemente se puso en Argelia el grito en el cielo ante la perspectiva de que el licenciamiento de soldados que habían cumplido su tiempo militar, produjera una reducción de efectivos. M. Guillaumat, ministro de la Guerra, que acompañaba a M. Debré en su viaje oficial, hubo de dar seguridades a este respecto para sosegar los ánimos. Por otra parte, en una declaración de prensa (12 de febrero de 1959), el coronel de Boisieu, director del Gabinete Militar de M. Delouvrier, delegado del Gobierno en Argelia, dijo: "...ahora el terrorismo es más sistemáticamente dirigido contra los puntos de importancia económica, sin duda, con el propósito de oponerse a la aplicación del Plan de Constantina".

ya hemos dicho, prescinde de la imprescindible consideración política del problema argelino, mírese éste desde el punto de vista de los artifices del 13 de mayo y defensores a ultranza de la fórmula «Argelia francesa» o desde el diametralmente opuesto de los nacionalistas argelinos. Ello no impidió que el sector de origen europeo de Argelia contara con que M. Debré aclararía, en ocasión de su estancia, ciertos puntos harto difusos de las intenciones metropolitanas, cuales los propósitos de la V República respecto a la «integración» y la celebración de elecciones municipales en la totalidad o parte del territorio argelino. Porque exigir a los desasosegados franceses de Argelia que no cesen en su largo acto de fe ciega en el general de Gaulle<sup>3</sup>, no se les aparece ya a aquéllos una definición bastante precisa de una política que, para resultarles admisible y válida, ha de ser precisamente la que reclamaron con meridiana claridad a través de los Comités de Salvación Pública, ahora alicortados y privados de elementos militares que obedecieron la orden del general de Gaulle invitándolos a retirarse de los mismos.

Del estado de disgusto y recelo de la población, tanto del sector de origen europeo como del autóctono «fraternizado», fué prueba patente el recibimiento, de una parte reservado y, de otra, caldeado por la irritación, que se le hizo al Presidente del Consejo de Ministros en Argel, la ciudad argelina de mayor sensibilidad política. Pero el fogoso defensor de la Argelia francesa en el Parlamento de la IV República supo ser un Presidente de Consejo de la V que aguantó impertérrito el chaparrón, puestos los ojos en el Plan de Constantina y cerrados los oídos al oleaje del malhumor popular<sup>4</sup>. No tan cerrados que le fuera posible eludir completamente el tema del pensamiento político de su Gobierno sobre Argelia. Y el día de su llegada, aparte del mensaje gubernamental, M. Debré pronunció una alocución personal.

Se ha dicho del francés que es un idioma en el que no se pue-

<sup>3</sup> Uno de los reproches que la Resistencia le hizo al Mariscal Pétain, fué el de exigir a sus seguidores ciega confianza y fe en su persona.

<sup>4</sup> Ante el Monumento a los Muertos, M. Debré fué copiosamente insultado, no faltando gritos hostiles contra el general De Gaulle por parte de una población zaherida por las medidas de clemencia adoptadas con Ben Bella y sus compañeros, así como con muchos condenados argelinos. Para el «petainismo», que tuvo mucho arraigo en Argelia, es lógico que resulte indignante esa clemencia con los argelinos contrapuesta al rencoroso rigor que el general de Gaulle manifiesta a los franceses que siguieron al Mariscal, millares de los cuales fueron fusilados y «paseados» despiadadamente.

de mentir, a causa de su magnífica precisión. Sin embargo, los actuales gobernantes de Francia han conseguido con ese idioma no decir la verdad, esa verdad que resplandece y no es más que una. Tal es al menos la conclusión deducida de la diversidad de interpretaciones a que dió lugar ambos textos, una vez pasados a la criba de un análisis concienzudo y comparativo con las manifestaciones anteriores del general de Gaulle. «El régimen antiguo era inapto para tener una política», dijo M. Debré. Ahora bien, él no definió una, sino que apuntó varias, todas posibles y ninguna a seguir con certeza. Tal vez débese esta carencia de precisión a que en el pensamiento del general de Gaulle, que es tanto como decir del jefe del Gobierno por él designado, aunque otra cosa parezca a veces, Argelia es efectivamente un «devenir en marcha», sea algo sin contornos aprehensibles con palabras y acaso—posibilidad que no ha de excluirse—sin dintorno aceptable por «los del 13 de mayo», que ahuparon hasta el poder al nuevo equipo gobernante de Francia. Sin embargo, M. Debré hizo hincapié en el carácter francés de Argelia, aludió a la «unidad» de Francia y Argelia, «tierra de soberanía francesa», pero no pronunció la fórmula mágica de «integración» que, tercamente, los demantelados Comités de Salvación Pública reclaman a grito pelado<sup>5</sup>. También dijo que «el camino de la salvación» para los nacionalistas argelinos seguía trazado por las declaraciones de 8 de enero del general de Gaulle, si bien no habló de la «personalidad argelina», como lo hiciera aquél, eludiendo, en suma, con cautela y circunspección, definir el porvenir argelino en lo relativo a la situación política que se trata de implantar.

Realmente, M. Debré no apuntó otro porvenir que el social y económico brindado—al menos teóricamente—por el Plan de Constantina. Así en el discurso de apertura del Consejo Superior del Plan<sup>6</sup>, el día 10 de fe-

<sup>5</sup> Los miembros del Comité de Salvación Pública de Argel, en un comunicado de prensa de fecha 10 de febrero, dijeron señaladamente: "...Sólo tenemos una meta y debemos estar esencialmente de acuerdo para lograrla, a fin de que *la provincia Argelia-Sahara sea definitivamente integrada en la madre patria*".

<sup>6</sup> El Consejo Superior del Plan de Constantina comprende 45 personas que representan: la administración, el sector privado y los empresarios musulmanes. Consta además de directores de los servicios de la Delegación General. El comisario del Plan es M. Vergeot. Entre sus miembros hay sindicalistas de la C. G. T. F. O. (Confederación General del Trabajo y Fuerza Obrera, Sindicato de obediencia socialistas este último) y de la C. F. T. C. (Confederación Francesa de Trabajadores Cristianos). El Consejo Superior está dividido en dos grupos: las comisiones centrales y las "departamentales".

brero, M. Debré aludió a la «revolución social y económica» que se está llevando a cabo en Argelia, agregando que «la realización del Plan exigiría un esfuerzo por parte de los argelinos. A este esfuerzo correspondería un esfuerzo del otro lado del Mediterráneo, de suerte que cuanto aquí se haga, se insertará en *un gran conjunto francés*». Es obvio señalar que sobre las formas políticas de ese conjunto nada dejó traslucir el Presidente del Consejo, lo cual no le privó de creer que su Gobierno estaba «en la realidad política», como afirmó sin la menor duda. Más apegado aún que M. Debré al aspecto económico de la acción emprendida por la V República en Argelia, M. Delouvrier desarrolló el tema de la industrialización, por una parte, y, por otra, de un nuevo impulso a dar a la agricultura. Su ejemplo fué seguido por las personalidades que sucesivamente tomaron la palabra en un acto que inauguraba una acción que exige cuantiosas inversiones, pero cuyo éxito está estrecha e inexorablemente supeditado a una situación de paz que, es evidente, no se da en Argelia. El ataque del F. L. N. a la presa de Morsett, a primeros de febrero, aunque fué un fracaso para los atacantes, muestra que éstos no han renunciado a la lucha, pese a la electrificación de la casi totalidad de la frontera argelo-tunecina, y que están decididos a seguir hostigando el ejército francés y, por vía de consecuencia, la puesta en marcha del Plan que, según dijo hace poco M. Frey, ministro de Información, «es la política de Francia en Argelia».

Aunque tal «política» tenga visos de método Ollendorf, preciso es reconocer que, en las circunstancias actuales, la V República no puede realizar otra muy distinta, si se consideran sus posibilidades de maniobra en función de tres realidades: el panorama interior de Francia, las posiciones adoptadas por Marruecos y Túnez frente al problema argelino y, finalmente, la puesta en vigor de los acuerdos del Mercado Común Europeo.

De todos son conocidos los hechos que acarrearón el derrocamiento de la IV República y la vuelta al poder del general de Gaulle<sup>7</sup>. Para los organizadores o activistas del 13 de mayo, uno de los objetivos esenciales perseguidos era limpiar a Francia de partidos políticos que se imponían cuales claros reflejos de una opinión dividida y desorientada por una desorientación de hondas raíces. Este objetivo no se logró. La V República no se yergue majestuosa en un paisaje del que han sido barridos los partidos

---

<sup>7</sup> V. *Política Internacional*, núm. 38, agosto de 1959, Antonio Massia: "El general de Gaulle, Francia y Argelia".

políticos por el ciclón del 13 de mayo. A pesar de que según los términos de la Constitución aprobada por referéndum el 28 de septiembre último, apenas si tienen posibilidades de ejercer presión sobre el ejecutivo, no dejan de representar la realidad francesa, es decir, un país donde coexisten muchas opiniones divergentes. Lo paradójico de la situación es que el general de Gaulle, a un momento dado, fuera el lugar geométrico de las esperanzas de toda una serie de fuerzas políticas, muchas de ellas antagónicas entre sí —por ejemplo, el Partido Socialista y los Independientes—, con exclusión de la izquierda no comunista, capitaneada por M. Mendès-France, el Partido Comunista y ciertos nacionalistas extremistas. De ahí que la aprobación masiva de la nueva Constitución sólo significara, de hecho, un acto de fe colectivo en favor de un hombre al que cuesta trabajo definir políticamente. Fascista solapado, ansioso de imponer su dictadura para los izquierdistas o simplemente los demócratas incurables; demócrata y furriel del izquierdismo y hasta del comunismo, para una minoría de nacionalistas franceses; aureolado, para la gran masa, por la gloria inmarcesible de haber sido el resistente núm. 1 y el liberador de Francia, el general de Gaulle es y no es a la vez cuanto se le reprocha o sirve para fomentar un culto, al que no presta flaco servicio su tendencia a halagar la vanidad de los franceses al dar por hechos incontrovertibles su grandeza y su pasmosa agudeza. Y el pueblo francés, como el cuervo de la fábula, suelta el queso, o sea se deja cercenar libertades, soporta que el «milagro» de Argel desemboque en un recrudecimiento del terrorismo y en una prosecución de la «pacificación», pasa por las impertinencias de los países independientes del Magreb, económicamente supeditados a Francia, y hasta se resigna a que arremeta con sus economías.

Puede que, a la larga, las incomodidades derivadas de la política que preconiza el general de Gaulle mengüen su prestigio o popularidad. Es tanto más posible cuanto que la adhesión casi colectiva lograda en el referéndum y las elecciones, se debe a lo ambiguo de su pensamiento político, ese tornasolado pensamiento en el que todos pueden haallr lo que les agrada... o desagrada. En efecto, bajo los brillantes oropeles de sus palabras preñadas de altiva dignidad, sus afirmaciones altisonantes y a veces, sus tópicos, se diseña vagamente una doctrina política que parece un amalgama de ideologías que, si pueden convivir pacíficamente en el plano de la teoría, resistirían dudosamente la prueba de su puesta en práctica. Porque entonces, dejando de ser ese pensamiento el reflejo de confusas aspira-

ciones de masas, aparecería como una construcción heterogénea hecha con fragmentos de ideologías difícilmente conciliables entre sí y cuyos respectivos defensores se estimarían lesionados por las tesis triunfantes de sus contrarios<sup>8</sup>. Es esta, en nuestra modesta opinión, una de las razones por las cuales el general de Gaulle no se ha lanzado a actuar políticamente con claridad, señaladamente en Argelia. Un tanto prisionero de una leyenda, se beneficia con el equívoco de unas intenciones nunca expuestas con precisión. Es probable que si se aventurara a precisarlas, en las circunstancias actuales de Francia, provocaría una desilusión que no desaprovecharían las fuerzas de oposición, más vivas y activas de lo que parece a primera vista. Y al decir oposición, no aludimos solamente a la del Partido Comunista y de cierto sector de la izquierda no comunista. La oposición más o menos latente ya le ha salido al paso al general de Gaulle en los Comités de Salvación Pública, en los grupos de nacionalistas llamados «ultras» e incluso, calladamente, en las filas mismas del ejército. Por ello, el tiempo no trabaja en favor de la política del general de Gaulle, parapetado en la ambigüedad de las expresiones relativas a Argelia y que disfraza su forzada inacción de acción con el Plan de Constantina. La táctica dilatoria no impedirá que los problemas soslayados sigan evolucionando, es decir, sigan aproximándose al momento en que ineludiblemente hayan de ser resueltos o zanjados en alguna forma carente de ambigüedad.

Sin embargo, en la delicada cuestión de las relaciones de Francia con el Magreb independiente, colocado junto al nacionalismo argelino y oficialmente vinculado al mismo desde la Conferencia Panmagrebí de Tánger (abril de 1958), todo sucede como si no hubiera evolución y como si el tiempo no pasara. Las bruscas y violentas tensiones que sufren esas relaciones, en particular con Tunicia, más comprometida que Marruecos en una ayuda positiva al F. L. N., y esas distensiones que parecen querer conducir las al puerto de una cooperación leal y fructuosa, pero que en rigor se logran a base de cesiones y concesiones francesas, están en la línea de las sucesivas cesiones y concesiones de la IV República. Dicho en otros términos, ante el incambiado problema de la ayuda de Tunicia y Marruecos a los enemigos de su país, el general de Gaulle no ha cambiado, ni siquiera modificado, la política anteriormente practicada. Oficialmente se su-

<sup>8</sup> La venta de *L'Express* y de *Rivarol*, ideológicamente situados en los polos opuestos, ha sido por igual prohibida recientemente en Argelia. El primero calificó la medida de "fascista". El segundo vió en la misma el resultado de la presión izquierdista.

giere que la suya es mucho más hábil y beneficiosa para Francia que la de sus predecesores, pero el Presidente Burguiba no ha dado señales de haber reconsiderado su propio método político, reiteradamente aconsejado al F. L. N., y que gráficamente comparó al método para comerse una alcachofa: hoja por hoja. Sin embargo, no faltan voces con alguna autoridad en la nación vecina que claman para que se actúe de acuerdo con un estado de beligerancia existente a través del ejército interpuesto, el A. L. N.<sup>9</sup>. Ello no impide que por todos los signos observables, sean éstos la evolución del asunto de espionaje de los técnicos de Correos en Tunicia, la tendencia a la inercia frente al manifiesto de «los 431» en Marruecos y la devolución teatral de un prisionero francés por Mohamed V, fineza correspondida con la liberación por el general de Gaulle de cinco marroquíes del llamado Ejército de Liberación, limitándonos a señalar los hechos más recientes, se pone de manifiesto que, la V República, ampliamente dominada por el general de Gaulle, está dispuesta a obrar con evangélica mansedumbre con los países independientes del Magreb, o sea a pasar por carros y carretas, como se dice en castellano vulgar. Aparte de la conveniencia evidente de no aumentar el número de los enemigos sin disfraz, cabe preguntarse si la extremada confianza que el general de Gaulle da múltiples pruebas de tener en sí mismo, no es explotada por la habilidad oratoria de los gobernantes de Túnez y Rabat, que no desperdician oportunidad para proclamar su admiración sin límites por el actual Presidente de la República francesa. «De Gaulle es el único que puede hacer algo en Argelia», declaró tajante el Presidente Burguiba en una reciente *interview* concedida al «France Soir», extremo aquél cuya exactitud está comprobada sin discusión al año casi de iniciarse un movimiento, uno de cuyos objetivos era terminar la guerra de Argelia en plazo breve y rehuir de temporizaciones. En el caso de los países independientes del Magreb, ¿no desempeñará el general de Gaulle el papel del cuervo que él hace desempeñar al pueblo francés? Mientras tanto, el apoyo magrebí, material, político y sentimental, al nacionalismo argelino, sigue siendo la dificultad primordial con que tropieza el ejército francés en Argelia. No allana ciertamente esta dificultad el «tira y afloja», que es módulo de las relaciones entre París, por una parte, y, por otra, Túnez y Rabat, conjunta o separadamente empeñados en prestar

---

<sup>9</sup> El general Boyer de la Tour, ex-residente de Francia en Tunicia, ha publicado en apoyo de esta tesis una obra muy comentada.

sus buenos oficios para una negociación. Mas la mera posibilidad de tal negociación hace tocar el cielo con las manos a determinados sectores franceses, entre ellos, casualmente, aquellos a quienes el general de Gaulle debe su vuelta triunfal al poder.

Váyase hacia la «pacificación» a ultranza o a la negociación más o menos solapada, puede asegurarse que la Francia de la V República, lo mismo que la Francia de las postrimerías de la IV, ha tomado plena conciencia de la importancia capital que para ella tiene no ya conservar a Argelia, sino retener el Sahara, lo cual significa en definitiva mantenerse presente en Argelia en alguna forma, sea cual fuere, que garantice la explotación en su provecho de las riquezas de esa región. La sola Argelia tal vez no se consideraría merecedora de la sangría en hombres y en dinero que Francia soporta desde hace más de cuatro años. Argelia, con el Sahara, sí. Porque el Sahara representa para Francia la posibilidad no sólo de liberar su economía de la salida de divisas que exige su abastecimiento en combustibles sino la perspectiva de convertirse en proveedora de Europa. También representa la posibilidad de estar en el Mercado Común Europeo en una posición tal que Francia no corra el riesgo de desempeñar el papel de pariente empobrecido frente a la opulenta Alemania de la postguerra, lo cual podría llevarla, en su día, no ya a estar junto a Alemania, sino bajo Alemania.

Estas son razones de peso para exigir a Francia que se siga sacrificando en Argelia como por lo pasado, en espera de que el general de Gaulle dé con una solución aceptable por los partidarios de la Argelia francesa y por el nacionalismo argelino, que es tanto como decir hallar la cuadratura del círculo; o quizás, hasta que haya atado corto la oposición de cualquier sector que sea, mediante una serie de medidas cautelosamente aplicadas. Entonces—es probable que así lo estime—estaría en condiciones de imponer su fórmula, sólo aludida hasta el presente con medias y oscuras palabras, y que sería equidistante entre los nacionalismos virulentos—el francés y el argelino—enfrentados en Argelia y con ramalazos en la Metrópoli. No escásean, por cierto, los ejemplos de solución teórica de las diferencias o antagonismos entre grupos humanos llevados a convivir por los imperativos de la Historia y la Geografía. Sólo como hecho jurídico cabe señalar el del Líbano, pues los acontecimientos han mostrado recientemente los fallos del sistema. Chipre, solución de compromiso aún por estrenar, podría ser una sugerencia, de no presentar para Francia el inconveniente, ello desde el punto de partida, de que en Argelia la mayoría es rotunda y definitivamente

autóctona. Pero tal vez por esos contornos se busque la deseada y necesaria paz, combinando la búsqueda con el cierre hermético de la frontera argelo-tunecina y una «pacificación» intensificada. Cualquiera que sea el arreglo más o menos provisional a que se llegue—en la Historia, cuanto no es absolutamente definitivo, tiene visos de provisionalidad<sup>10</sup>—, se puede tener la seguridad de que el general de Gaulle y su equipo se esforzarán por mantener el Sahara en condiciones tales que la explotación de sus riquezas pueda llevarse a cabo no sólo por Francia, sino por el Europa de los Seis.

CARMEN MARTIN DE LA ESCALERA

---

<sup>10</sup> Entre el Convenio de Zanjón (1878) y la nueva insurrección organizada de Cuba (1894) transcurrieron años en que el problema parecía resuelto de modo satisfactorio. Salvando las diferencias de tiempo y circunstancias, es interesante recordar los episodios de la independencia cubana a la luz de los acontecimientos de Argelia, incluso en lo relativo a la ayuda exterior prestada a los insurrectos.

